"La verdad crucificada en Cristo, en Juan de Juss, en Giordano Bruno, prevalecerá"—Fischer.

A la CROM el Primero de Mayo de 1937

Por Luis Islas Osorno.

EN mayo de 1918, en la florida primavera de hace diecinueve años, un grupo de entusiastas luchadores dieron forma a la Confederación Regional Obrera Mexicana, cristalizando así los anhelos de solidaridad de las masas del campo y de la ciudad, traducidos en la potente y vigorosa organización proletaria con Luis N. Morones, Ricardo Treviño y J. Marcos Tristán como integrantes de su primer Comité Central.

Así nació la CROM cual un miraje esplendoroso pletórico de esperanza por los irredentos, para los ilotas, y los desheredados que vieron en el nuevo organismo proletario el rojo amanecer de un sol que no encontró el ocaso y que cruzando el éter va hacia el cenit de las aspiraciones obreras.

Como una aurora cuyo resplandor de fuego fundió cadenas y derribó tiranos, cual Ave Fénix nació de las cenizas que siglos de opresión acumularon sobre la estirpe de una raza de bronce y sobre el cráter del volcán de la desesperanza que gélida yacía sobre el corazón y el cerebro de la masa explotada.

El luminar que surgió del Congreso de Saltillo, como lava ardiente desparramó el Ideal tiñendo de escarlata el sendero que señaló el Destino a un pueblo noble que levantó la frente y sacudió el ludibrio con viril energía y con gesto altivo derribó los íconos que lo envilecían; reivindicó el Derecho y exigió la vida de los usufructuarios que lo tenían en la penuria como galeotos mientras sus hijas no tenían otra disyuntiva que el concubinato y el prostíbulo en el cenáculo de los escribas y de los privilegiados que recibieron el anatema y la excecración de los desposeídos que convulsos vieron el amanecer de un nuevo día.

La CROM es la síntesis de la alborada de 1906 y 1907 que fueran las cimientes de la atalaya del presente que se levanta erguida frente al mar embravecida de las claudicaciones y de las prevaricaciones; es la antorcha del porvenir que señala la meta del camino a seguir regado con la sangre del sacrificio de los titanes de Chicago, de Cananea, de Río Blanco y Tonilita, de los gladiadores de los ideales proletarios que predestinados hicieron retumbar de un confín a otro las fanfarrias sonoras del ideal y lanzaron la voz de imprecación y de excecración en contra de los apóstatas de la libertad humana llamando a la lucha por la conquista del pan y del honor . . . Es el espectro como dicen los mendaces, pero los hombres enarcados, de los cuerpos lacerados y dolientes, transfigurados al despertar de su letargo de treinta años de odiosa tiranía. La bandera roji-negra de la CROM, es el símbolo que enarbolado por los ácratas condujo al suplicio a los mártires de Viesca, Las Vacas y Veracruz en otrora.

Ayer el desheredado marchaba por el ribazo de la vida, triste y abatido, exánime y sombrío, con el rostro cetrino de color abamiado; aciscado y medroso, absorto en sus propios pensamientos de liberación; vejado, escarnecido, reflejando en la acromía de sus carnes enjutas la ausencia prematura de la vitalidad como un abafo próximo a la muerte. En su acervo dolor y en la reconditez de su orfandad como un ilota víctima del cepo, ayuno de conocimientos, la ablepsia total lo sumió en una existencia abyecta, acohetado por el alcohol y la superstición fué fácil presa del accipitre capitalista que nunca pudo satisfacer mejor su adefagia ni la abdominia insaciable de bestia insatisfecha. Y sus hijas eran víctimas del derecho de pernada; y los siervos por feroz ironía sufrieron el ultraje de los apetitos nunca satisfechos del siniestro patrón y sus sayones.

El regimen de opresión que prevalecía solo permitió una vida de lujuria y de crápula, abúlica, indolente y anodina, fincada en la acidia y en la holganza perenne, a los acólitos de la burguesía, el abacomite de sacristía, a los sicarios y a los esbirros, a los lacayos ruines y perversos, el ceriferario y al histrión que servían a la hidra capaz apoltronada en medio de la miseria de los de abajo explotada por los esbirros y rufianes de toga y birrete, por los leguleyos y sus secuaces: los hombrecillos de golilla, splónes, genízaros, alguaciles y ladrones de honras que furtivos se deslizaron para dar la puñalada artera en la encrucijada al apostol del ideal poniendo en práctica la casuística sutil de los jesuitas: la excelencia del fin justifica los medios. Y el fin era esa vida de crápula. Los medios: la prisión, la bartolina, el cepo y la cárcel, la miseria y el hambre. La cauda que formaba la corte de los privilegiados contrastando con la situación del hombre de trabajo que bajo la fusta del capataz se deslomaba a fuerza de arrancar de las entrañas de la tierra el oro que por sutil ironía había de servir para remachar sus cadenas; del que hacía la tela y marchaba desnudo, del que regaba el surco con sus lágrimas de desesperación y con lagrimas de sangre para hacer nacer el pedúnculo de la planta del pan mientras él y los suyos estaban hambrientos, y construía palacios y no tenía donde guarecerse de las inclemencias del tiempo en la noche estival de su vida de paria.

Pero sonó la hora trágica en el reloj del tiempo, voces patéticas de imprecación hicieron vibrar las fibras más recónditas de su ser, y el esclavo se convirtió en liberto, como león sacudió la melena sin mácula, levantó la cerviz y empurpuró la tierra con sangre de tiranos mezclada con la sangre generosa del Apostol. Más la tierra se negó a recibir el cuerpo tumefacto y nauseabundo que despedía exhalaciones mefíticas del sicario y amorosa ofreció el descanso eternal al hombre del músculo que altivo y viril exigió su derecho conculcado. Era el amanecer del 7 de enero de 1907. . . por primera vez la fábrica rugió vibrando la nota